

Franz Kafka

El fogonero

ILUSTRACIONES DE TOÑO BENAVIDES

C Á L A M O

NOTA A LA EDICIÓN

Versión manuscrita en el segundo y el sexto cuaderno de los Diarios (comenzado en el sexto y terminado en las páginas libres del segundo). Es posible que comenzara a redactar el texto en la noche del 26 al 27 de septiembre de 1912 y lo finalizara entre el 30 de septiembre y el 2 de octubre de 1912. Formó el primer capítulo de la novela *América*, titulada así por Max Brod, aunque Kafka, en una carta a Felice Bauer (11 de noviembre de 1912), la tituló *El olvidado*. Fue publicado por primera vez con el título *El fogonero. Un fragmento*, en la editorial Kurt Wolff, Leipzig, 1913.

El fogonero





CUANDO EL JOVEN DE DIECISÉIS AÑOS, Karl Romann, que había sido enviado por sus padres a América porque lo había seducido una sirvienta y había tenido un hijo de él, entró en el puerto de Nueva York a bordo de un barco que había reducido considerablemente su marcha, contempló la estatua de la diosa de la Libertad, visible ya desde hacía tiempo, como iluminada por un resplandor repentino de luz solar. Su brazo, portando la espada, se elevaba con ímpetu renovado y en torno a su figura soplaban los libres vientos.

«¡Qué alta!», se dijo, y como no pensaba en apartarse, fue empujado por las olas de mozos de equipaje que le adelantaban, hasta llegar a la borda del barco.

Un joven, al que había conocido de un modo fugaz durante la travesía, le dijo al pasar a su lado:

—¿No tiene ganas de desembarcar?

—Yo ya estoy listo —dijo Karl sonriéndole, y a continuación levantó su maleta sobre el hombro

por altivez y porque era un joven fuerte. Pero al ver que su conocido se alejaba en compañía de los demás, balanceando ligeramente el bastón, se dio cuenta consternado de que había olvidado su paraguas abajo, en el interior del barco. Rápidamente pidió a su conocido, que no pareció muy feliz por ello, que fuese tan amable de esperar un instante al lado de su maleta; se hizo una idea del lugar en que estaba para poder regresar sin problemas al mismo sitio y se dio prisa. Abajo encontró, para su desconsuelo, que el pasillo por el que habría acertado considerablemente su camino estaba cerrado por primera vez, lo que sin duda se debía al desembarco de los pasajeros. Por esta razón, se vio obligado a buscar el camino con dificultad a través de innumerables pequeñas estancias, por escaleras cortas que se sucedían interminables, por corredores sinuosos, a través de un camarote vacío con un escritorio abandonado, hasta que, como solo había hecho este camino una o dos veces en compañía de otros muchos, se perdió irremediabilmente. En su confusión, ya que no encontraba a ninguna persona y no dejaba de oír el roce de los miles de pies, así como, desde la lejanía, los últimos estertores de las máquinas ya paradas,

comenzó a golpear sin pensar en una pequeña puerta, ante la que se había detenido su extraviado caminar.

—Está abierto —gritaron desde el interior, y Karl abrió la puerta con un suspiro de satisfacción.

—¿Por qué golpea la puerta como un loco? —preguntó un hombre gigantesco, apenas vio a Karl. A través de alguna claraboya, como si llegase ya gastada de la cubierta del barco, una luz turbia penetraba en el triste camarote, en el cual había una cama, un armario, una silla, y el hombre, permaneciendo todos juntos, como si hubiesen sido almacenados.

—Me he perdido —dijo Karl—, durante la travesía no me había dado cuenta, pero es un barco enorme.

—Sí, tiene razón —dijo el hombre con algo de orgullo, sin dejar de presionar con ambas manos el pestillo de un maletín, tratando de escuchar el ruido al cerrarse.

—¡Pero entre, no se quede ahí! —dijo el hombre a continuación—. No querrá permanecer ahí fuera, de pie, todo el rato.

—¿No molesto? —preguntó Karl.

—¡Bah, cómo va a molestar!

—¿Es usted alemán? —intentó asegurarse Karl, ya que había oído de los peligros que amenazaban a los recién llegados al toparse especialmente con irlandeses.

—Lo soy, lo soy —dijo el hombre.

Karl aún dudaba. Entonces el hombre asió sin más el picaporte y empujó la puerta, que cerró con rapidez, dejando a Karl en el interior del camarote.

—No puedo soportar cuando me miran desde el pasillo —dijo el hombre, que volvió a ocuparse con el maletín—. Eso de que todo el que pase pueda ver lo que hago, no lo aguanto.

—Pero el pasillo está completamente vacío —dijo Karl, incómodo por estar aprisionado contra las patas de la cama.

—Sí, ahora—dijo el hombre.

«Precisamente de “ahora” se trata —pensó Karl—. Resulta difícil hablar con este hombre.»

—Siéntese en la cama, ahí tendrá más espacio —dijo el hombre.

Karl trepó como pudo y rió cuando fracasó en su primer intento. Apenas lo consiguió, exclamó:

—¡Dios mío, he olvidado mi maleta!

—¿Dónde está?